

que pretendian socorrerla. El mas vulgar sentido aconsejaba, pues, á los imperiales dar la batalla y á los franceses rehusarla. Mas la impaciencia y la jactancia de Francisco I lo comprometieron todo, lo arriesgaron todo, buscando en el brillo de un gran combate la victoria que en su situacion solo podia ser fruto de la paciencia. Así fueron cómplices indeliberadamente de sus propios enemigos, los cuales, no pudiendo por mas tiempo continuar en su estado, tenian á toda costa que arriesgarse á un combate y librar en su propio esfuerzo y en su valor heróico la salida de todas aquellas dificultades insuperables é inmensas. Determinaron los imperiales, pues, dar la batalla que los franceses debieron á toda costa rehuir, determinaron dar la batalla en la noche del 24 de febrero, fiesta de San Matías y cumpleaños de Cárlos V.

El virey de Nápoles, el duque de Borbon, el marqués de Pescara, debian atacar el campamento régio, y á través de sus trincheras, de sus legiones, de su formidable artillería, ir en pos de Antonio de Leiva, el cual debia salir, á su vez, de la plaza sitiada, y acometiendo á los franceses, llegar á una conjuncion de todo el ejército como resultado de tan grande esfuerzo. El marqués de Pescara, con el arte que le distinguia y con la elocuencia propia de quien llevaba un largo conocimiento en sus innumerables batallas del corazon de los soldados, arengóles, pintándoles su situacion y la situacion que podian alcanzar con la entrada en el régio campamento, y diciéndoles en frases ruidosas, pero concisas, semejantes al ruido de las armas, todo cuanto podian conseguir de una señalada victoria. Era una fria mañana de febrero; los imperiales, que proyectaban nocturna sorpresa, no pudieron realizarla, por haber topado con la dificultad de la solidez que ofrecian las paredes del Parque, resistentes á la demolicion y tan difíciles á las brechas como las murallas antiguas. La noche se consumió en abrir paso á los tres mil arcabuceros españoles y lansquenetes germánicos mandados por el marqués del Vasto, y que precedian en vanguardia resueltamente al grueso del ejército.

En cuanto Francisco I advirtió las maniobras enemigas, lanzóse al sitio amenazado con todas sus tropas. Dentro del mismo Parque amurallado tenia un campamento circuido por formidables reductos; y desde este campamento salió en busca de los que le retaban con tanto ánimo y le combatian con tanto esfuerzo, colocándose en posicion favorable á su ejército, tan pertrechado de

artillería y tan rico en numerosos caballos. Nada faltó á su defensa; no léjos de la brecha se colocó la fulminante artillería; no léjos de la artillería en masa compacta se colocaron los lansquenetes mercenarios y las bandas negras; no léjos de los lansquenetes y á su izquierda, algunos pasos mas atrás, las tropas suizas formando el núcleo de la infantería y siendo como el factor principal de todas las operaciones tácticas; cada uno de estos grupos llevaba como sus alas caballería mas ó menos ligera y gente armada que destacar ó recoger segun las necesidades del combate; y habia, además, como dos especies de retaguardias, la mandada por un Montmorency compuesta de aventureros toda ella, y la que mas cercana á la ciudad celaba los movimientos de los sitiados é impedia la temible salida de Antonio de Leiva.

Diríase que Francisco I estaba en su corte del Louvre ó en su tienda del campo de oro, segun la gentileza de su apostura y el brillo de su cortejo, compuesto de gentiles hombres que iban á ver maniobrar la caballería, como pudieran ir á los espectáculos y á los empeños de un torneo. Segun la agilidad en los movimientos del Rey, la brillantísima actitud, el manejo de la deslumbradora lanza, el caracoleo de su troton, sin necesidad de mirarle al rostro ni de oírle los latidos del pecho, bien podia decirse que Francisco I confiaba completamente en su victoria y creia tener bajo su dominio la presa codiciada, la hermosa Italia, por cuya posesion ardia mas á medida que mas la habitaba y conocia. El punto de mira para las tropas españolas se encontraba en el palacio de Mirabello, al cual debian llegar por una marcha de flanco, difícilísima seguramente, á causa de cañonearlos la formidable artillería de sus contrarios, que los tumbaba por el suelo y hacia saltar, como si fueran ramas, los brazos, como si fueran troncos, los cuerpos, como si fueran piedras, las cabezas. El estrago se encarnizó tanto en los nuestros, que hubieron de buscar amparo en algunos repliegues del ameno prado en que llovía la sangre y campeaba, como una soberana en su trono, la terrible muerte. Todo esto daba malas trazas al comienzo del ataque, porque, en vez de conseguir los imperiales una sorpresa, se vieron de tal suerte envueltos que desde el primer momento los ánimos mas esforzados tuvieron que renunciar á la toma del palacio de Mirabello, y á la conjuncion tan deseada con Antonio de Leiva. No habia remedio; en vez de una marcha venia sobre los espa-

ñoles una campal batalla. Comprendiólo así el marqués de Pescara con la rápida mirada de su avizor ojo militar, y llamando la vanguardia del marqués del Vasto, que andaba hácia el palacio; previniendo al virey de Nápoles toda la imposibilidad de la marcha y toda la urgencia del combate; conjurando al duque de Borbon para que apresurase sus movimientos con el grueso del ejército; no tuvo mas remedio, en su angustia, que oponer á la energía, ímpetu, ligereza del ataque provocado por la demolicion del muro y por la entrada en el Parque, aquella tenacidad y firmeza españolas, en las cuales tantas veces la furia francesa se ha estrellado como se estrella el férvido oleaje de la tormenta en los fortísimos escollos.

Quien haya visto salir de madre un torrente; quien haya experimentado los furores de una inundacion procelosa; quien haya oido en los desfiladeros de las montañas la caída de los bramadores aludes que tronchan los pinares y semejan una tonante tromba de hielo, podrán formarse una idea del valor ciego, del empuje ruidoso, del ímpetu aceleradísimo con que Francisco I arremetió á nuestra vanguardia, sobre todo, á nuestra caballería ligera, dispersándola en átomos, que huían, cual polvo arrastrado por el viento, y tendiendo muerto á su jefe con tal felicidad que saltaba en su caballo y corría tras los fugitivos á guisa de cazador excitado por numerosa caza en regocijada y brillante cacería. Tal confianza le inspiraban los primeros golpes y los primeros sucesos que, volviéndose radiante á uno de los suyos y mostrando en la franqueza de su palabra la intimidad de su pensamiento, díjole, como si viera ya brillar en su corona el nuevo diamante que pretendía engarzarle: «Ya me llamarán desde esta hora duque de Milan.»

Otro ejército, que no fuera el nuestro, se dispersara y huyera en este adverso comienzo, presagio quizá de segura derrota. Pero nada tan fácil como sostener el empuje español y nada tan difícil como llevar al entero corazón de los nuestros el descorazonamiento. Inmediatamente la caballería dispersada, que se habia deshecho en átomos imperceptibles, rehízose, como si esos átomos buscaran de nuevo el cuerpo á que pertenecían; los tres mil combatientes, mandados por el marqués del Vasto, retrocedieron con orden y acometieron el ala izquierda del ejército francés en cuanto estuvieron en línea; la caballería se lanzó á la carga sostenida por mil quinientos arcabuceros espa-

ñoles encargados de contrastar la ligereza de los caballos franceses; los lansquenets alemanes salieron de las honduras donde se habian esquivado á las descargas enemigas y rodearon al general en jefe, siendo los primeros en recibir el ataque de las bandas negras que pelearon verdaderamente con furor hasta perder casi todas ellas la vida con heroísmo. Indudablemente, como en las principales ocasiones de su historia, el exceso de celo y el furor en el empuje, malograron la indudable pujanza de la gente francesa. Consistiendo una parte de su superioridad en la formidable artillería, cubrióronla los mismos franceses por un movimiento quizás precipitado de su ala derecha, rota casi al mismo tiempo que el centro, en la serena bravura de los nuestros. Nunca el arcabuz español, aquel rayo de nuestros tercios, se fulminó con puntería tan certera y se cebó en el enemigo con estragos tan desoladores y terribles. A cada tiro caía un jinete de la brillantísima caballería francesa, cuyos caballos espantados corrían por todas partes, tintos en la sangre de sus apuestos caballeros. Así, las últimas compañías retrocedieron, y en su retroceso chocaron fuertemente con el centro del propio ejército, á que pertenecían, con el núcleo de toda la batalla, con la base de todas las operaciones, con las tropas suizas, en las cuales se cebaba terriblemente el arcabuz español. Deshechos por la retirada inesperadísima de los que debían sostenerlos, heridos en el flanco izquierdo por el fuego de nuestros arcabuces, asaltados en el centro y acometidos por los tres mil hombres que mandaba el marqués del Vasto y por una parte de la division española que mandaba el marqués de Pescara, amenazados por los lansquenets de Alemania, los cuales iban á destrozar su derecha, pasando sobre los cadáveres de las rotas y vencidas bandas negras; los suizos que ocupaban el centro, como hemos dicho, de la batalla y que componían la parte mas considerable del ejército, cayeron también rotos, arrastrando consigo el antiguo nombre alcanzado en los campos de Morat y en otras mil ocasiones gloriosas. Pescara, pues, avanzaba con desolador empuje, yendo á buscar su conjuncion deseada con el héroe del sitio, con el defensor de Pavía, con el tenaz y porfiadísimo Antonio de Leiva, que salido de la ciudad con cinco mil infantes, trescientas lanzas, y alguna caballería ligera, dirigíase al grueso del ejército francés, despues de haber aplastado al cuerpo que destacara Francisco I para contrastarlo y de haber impe-

dido hasta la salvacion de los fugitivos, con todo lo cual quedó enterrado allí numerosísimo y valeroso ejército, segada la flor mas bella de la aristocracia francesa, muertos los mariscales de Francia, heridos grandes señores que llevaban nombres resplandecientes en los anales franceses como Vendome y Foix, eclipsada y oscurecida la brillante estrella de Francia.

El Rey combatió como bueno desde el primero al último instante de la batalla; se le halló en la vanguardia al comenzar y en la retaguardia al concluir. Su casco brillaba en medio de los terribles encuentros y en las espirales de aquella tromba de destruccion y de muerte como si fuera el casco del último de sus soldados. Rompiósele la aguda lanza en los pechos enemigos, y cuando se le rompió, sacó su gigantesca espada de combate, blandiéndola y esgrimiéndola con tal furor que chorreaba hilos de sangre. Ya vencidos los suizos, púsose al frente de los soldados menos descompuestos y mas animosos, cual si en vez de la victoria, buscara la muerte. En estos momentos, perdido entre las nubes de polvo y de humo, rodeado de cadáveres en cuyas insignias y vestimentas se veian los últimos restos de la aristocracia francesa, herido en el rostro y en la mano, aun manejaba su formidable arma, hasta que, mortalmente herido su caballo, cayó en tierra; y aun no caído, le circundaron españoles y alemanes, dispuestos á disputarse tan valiosa presa, hasta que advertido el Virey de lo que pasaba, se dirigió á él, é hincando la rodilla en tierra, tomó su espada y le declaró prisionero de guerra.

Nos hemos detenido en presencia de esta batalla, porque determina respecto de la revolucion religiosa dos grandes movimientos de la mayor trascendencia. Fruto de una rivalidad histórica, que bien puede llamarse una rivalidad secular, engendra una guerra entre las dos naciones católicas y latinas, por extremo favorable al progreso del Protestantismo y al crecimiento de Alemania y de Inglaterra y á la estabilidad de las instituciones republicanas en Suiza y á la fundacion de las instituciones republicanas en Holanda, es decir, al apogeo de todo aquello que las naciones latinas habian combatido y contrastado. Pero aun hay algo mas favorable al Protestantismo y contrario al Catolicismo en esta lucha gigante, aun hay que, obligado el Papa por razon de sus intereses mundanos y de su reino temporal, á inclinarse, ó bien hácia Francisco I ó bien hácia Carlos V; los dos potentados, antes políticos que

creyentes, favorecen á una con mayor ó menor entusiasmo la causa del Protestantismo, segun que les molesta mas ó menos la autoridad y la inclinacion del Papa. Guerrero el uno, estadista el otro; el uno elocuente y el otro reservado; fin el uno de la caballería feudal y comienzo el otro de la razon de Estado; apuesto el uno como la época que concluye y sencillo el otro como la época que comienza; personaje de teatro y de leyenda el Rey de Francia y personaje de gabinete el Rey de España; francés por todos sus defectos y por todas sus cualidades Francisco I, y de todas las razas, cuyas diversas sangres entraron en sus venas, Carlos V; de inquietud nerviosa aquel y de frio juicio este; dado aquel á los ocios de los placeres y de las artes y este á los viajes militares y á los trabajos diplomáticos; franco aquel hasta el candor y reservado este en todos sus proyectos hasta la hipocresía; ambos á dos representaron las dos facetas del espíritu y los dos lados de la sociedad de su tiempo, contribuyendo sin quererlo y sin pensarlo, al crecimiento y al arraigo de la revolucion religiosa.